

EL QUINTO HIJO

Doris Lessing nació en 1919 en Kirmansha (hoy Irán), aunque su familia se trasladó poco después al sur de Rodesia (hoy Zimbabue). Abandonó los estudios a los trece años y comenzó así su formación autodidacta. En 1949 volvió a Londres, donde ha residido hasta el día de su muerte. A pesar de que ha sido una escritora admirada y seguida por su compromiso político y una reticencia acerba al capitalismo, Doris Lessing era (es) una escritora con una maestría inigualable en el ahondamiento de la psicología de sus personajes y en la utilización de técnicas estilísticas que a los profanos nos resultan inalcanzables.

En 1962 publicó su novela más conocida, *El cuaderno dorado*, quizá la mejor de una enorme pléthora, con la que alcanzó un lugar en la cumbre de las letras inglesas que jamás ha abandonado y el conjunto de su obra literaria le ha valido el premio Nobel de Literatura en el año 2007. Falleció en noviembre del 2013 con noventa y cuatro años.

De Doris Lessing son también *Canta la hierba* (1950), *Los hijos de la violencia* (1952-1969), *Made in England* (1960), *Cuentos africanos* (1962), *Instrucciones para un viaje al infierno* (1971), *Memorias de una superviviente* (1974), la serie de novelas de ciencia ficción *Canopus en Argos* (1979-1983), *La buena terrorista* (1985), *El quinto hijo* (1988), *Risa africana* (1992), *De nuevo, el amor* (1996), *Dentro de mí* (1994), *Un paseo por la sombra* (1997) y *Ben en el mundo* (2000). *La grieta* (2007) y *Alfred y Emily* (2008) son sus dos últimos libros.

El interés que siempre sintió Lessing por la antropología nos ha regalado libros impresionantes como *La grieta*, una disertación de un patricio romano sobre lo que debieron ser las primeras relaciones de género de la especie, disertación ubicada en el terreno de lo cultural, lo mágico y lo científico; con *El quinto hijo* junto a su secuela *Ben en el mundo*, testamento agónico de una criatura primitiva en el mundo moderno, Lessing no abandona su perenne preocupación por las relaciones entre hombre y mujer, pero toda la primera parte del libro es un impresionante despliegue crítico (siempre desde los materiales narrativos adecuadamente tratados) de la coerción implícita e invisible que practica una sociedad patriarcal sobre el destino de la mujer.

Aparentemente *El quinto hijo* tiene un argumento sencillo y una trama más sencilla aún, pero no deberíamos fiarnos, y menos de una escritora como ella.

Una pareja se enamora en un primer golpe de vista, gozan de sincronidad cuántica, se convierten en una convencional pareja de casados y muestran unas actitudes tan conservadoras como felices. Esta ideología conservadora relega a la protagonista a los cometidos hogareños, a procrear cuantos más hijos más mejor, a no detenerse nunca para hacer exégesis del camino andado. Pero a Harriet esto no le parece un sacrificio, sino su función natural.

Lessing ha elegido un camino opuesto en su personaje al que eligió ella, el del cuestionamiento vital y político; por ello es doblemente interesante el juego psicológico que se trae con sus personajes femeninos.

¿Cómo puede conocer tan bien a Harriet? ¿Acaso Lessing también ha sentido esas pulsiones? ¿O solo es una de las grandes escritoras del siglo XX?

Para Doris Lessing no solo hay mujeres que se pliegan a este juego perverso de la sociedad patriarcal, se entregan con placer a él: cuatro hijos han dejado exhausta la economía y la resistencia física de Harriet y ella y su marido recurren a parientes ricos para sostener el ritmo fecundador. Porque el juego procreador no acaba con el cuarto hijo: Harriet está embarazada de nuevo y el advenimiento de Ben será un poco diferente.

El quinto hijo no solo no será como Harriet esperaba, es como nadie podía esperar. Ben tortura a su madre con golpes salvajes en el útero. Se queja de algo, pero Harriet no puede entender qué. Harriet se desplaza desde el dolor asumido como una obligación materna a la preocupación: ¿qué marcha mal en él? Su médico se burla de su preocupación.

«¿Es el primero?»

«No, el quinto».

Y de la preocupación, a las drogas. La salvaje conducta del feto ya no solo es dolorosa, su marido teme por la vida de Harriet. Los calmantes inducen al silencio al feto, a quien su madre advierte cada vez que siente las patadas insatisfechas:

«¿Quieres otra pastilla?»

Aunque aquí la situación se lleva al extremo, efectivamente Harriet corre peligro, mantener esta comodidad (o cierta comodidad) paternal es esencial para entender por qué toda generación culpa a la siguiente y proyecta sobre ella sus defectos, culpando después a sistemas educativos o profesores: nos interesa que el hijo no dé guerra, se integre normalmente y no moleste demasiado. De lo contrario las drogas o los reproches amargos aparecen por arte de magia.

Y Ben se calma. Ese diálogo no resuelto parece marcar la posterior relación de Ben con su entorno. Ben no responde ni dentro del útero, ni fuera de él; solo actúa, y sus actos son inquietantes y peligrosos. Nace Ben, la respuesta (o venganza) de la naturaleza a la obliteración ideológica de sus padres.

A Doris Lessing, escritora comprometida con la ideología marxista, abanderada en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, defensora de la integración de la mujer en la vida pública y reconocida «posjunguiana» solo se le podría reprochar algo: que se acercase demasiado a un estereotipo social como para que su literatura evocase algo parecido al lugar común de la política (en España casos sangrantes como el de Álvaro Pombo, cuya literatura no solo roza el cliché social que representa, sino que lo besa y abraza), pero Doris Lessing desprende un calorcillo

especial, una como crema de orujo fermentando en el interior que se convierte en calidez humana y comprensión ética y empática.

Lessing ya ponía en entredicho en *El cuaderno dorado* su misma lucha sociopolítica y las monstruosas técnicas empleadas para combatir a los monstruos capitalistas; se ríe en *La grieta* o en *Diario de una buena vecina* de los rudimentos de la construcción social, de la convivencia en pareja o con uno mismo, del papel real del ser humano en cualquier cambio social, de las pretensiones (en última instancia proyectadas por el ego) que aparentan ser siempre una lucha por el interés general. No es de extrañar que el Nobel le llegara solo unos pocos años antes de su muerte.

«¿Este es el papel que nos corresponde? ¿Representar oscuras columnas que soportan el peso de la mediocridad para que cuatro mentes brillantes inventen el siguiente estadio evolutivo?», se preguntaba la protagonista de *El cuaderno dorado*.

Pero tanto si es así como si no, las pullas (palabra obscena tratándose de una escritora tan empática) de Lessing contra sí misma y lo que le rodea no emponzoñan ninguna postura, la enriquecen: su mirada es feble, benigna, acaricia la naturaleza humana con comprensión y ternura. Ternura que no desaparece en la mirada hacia Ben, el hijo de Harriet (a Ben dedica un segundo libro, como hemos dicho antes, *Ben el parque*), troglodita incomprendido e incomprensible cuyos esfuerzos por ser aceptado se confunden con el dolor que provoca un ser deseado y traído al mundo solo ideológicamente, desde la convicción más conservadora de la protagonista de su función natural, pero al que es imposible amar físicamente.

Ben es el hijo de la nueva generación alumbrada por el eufemismo ideológico: salvaje, primario, poderoso, con sentimientos inexpresables y emociones bloqueadas que siempre estallan con violencia. Ben es el hijo perdido del siglo XX que huirá a la selva amazónica en el segundo libro que la escritora le dedica. Ben es el quinto hijo de Harriet, lo incomprensible de nuestra especie reflejo de lo incomprensible en sus hacedores.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ